

DOS VIEJOS AVIADORES

*Premios Ejército del Aire y del Espacio 2023
XLIV edición
Modalidad Creación Literaria*

DOS VIEJOS AVIADORES

I

Pocos objetos o instrumentos mecánicos son tan apasionantes, además de los aviones, como un reloj de pulsera, ya sea de cuerda o automático de los llamados de alta gama. Suelen alcanzar un alto precio en el mercado, en estado de nuevos o antiguos de colección, pero en cualquier caso, quien posee uno de ellos, con independencia de su precio, tiene un tesoro al que dejar en herencia. Tengo algunos, pero el más apreciado de todos es uno de marca IWC que había pertenecido a mi padre.

Fabricado especialmente para la Luftwaffe, la Fuerza Aérea alemana, quizás por el año 40 del siglo XX, es de acero con la esfera negra y sus dígitos, en caracteres arábigos, son visibles hasta para un miope. Su tamaño, de cincuenta y cinco milímetros de diámetro, es desproporcionado si lo comparamos con otros relojes de muñeca. Se diseñó especialmente pensando en los aviadores, para que pudiesen consultar la hora de un vistazo sin temor a error en la lectura.

Un día, a pesar de su maquinaria precisa y exquisita, el reloj comenzó a veces a adelantarse y otras a atrasarse, al principio por minutos y después casi por horas, en períodos de tiempo cada vez más cortos. Hasta que una noche, aun teniendo toda la cuerda dada, se paró. Mi sorpresa fue que pasados unos días me lo puse de nuevo y tras un largo titubeo de la aguja de su segundero, comenzó a funcionar otra vez. Y así, con estas pautas de funcionamiento errático, un buen día pasado un tiempo, el reloj se paró definitivamente.

Lo llevé a un conocido relojero especialista en este tipo de relojes antiguos y después de explicarle su comportamiento en los últimos meses, lo observó con todo detalle. Abrió su caja y revisó hasta los más minúsculos y miniaturizados elementos y componentes de su mecanismo, sin que después de varias horas de examen y pruebas lograra dar con las razones por las que mi preciado reloj se comportaba de tal manera. Y lo que era peor, las esperanzas que me dio sobre la posibilidad de que lo reparase fueron nulas.

—Se podría, tal vez, sustituir su maquinaria casi al completo por otra igual, pero hoy por hoy creo que resultaría imposible. A veces, y lo digo por intuición y experiencia de muchos años trabajando con ellos, los errores en el funcionamiento

pueden ser debidos quizás al desgaste mínimo e indetectable en los dientes de los pequeñísimos piñones del mecanismo, o también quizás a alguna holgura inapreciable en uno de los zafiros que hacen de tornillos, o en cualquiera de sus ejes... y en apariencia, todo el mecanismo está en buen estado. No lo sé, pero la cuestión es que, cuando el reloj entra en esta clase de comportamientos ya jamás funcionará con precisión, hasta que después de un tiempo, de intervalos de funcionamiento errático, se parará y quedará inerte para siempre.

II

A partir de un tiempo, mi padre, ya casi cumplidos los noventa años, empezó a comportarse de una forma errática y parecida a la de aquel reloj IWC de aviador. Al principio, con olvidos sin importancia en lo cotidiano, que en poco tiempo se convirtieron en significativos. Olvidos y comportamientos que comenzaron a afectar seriamente tanto su vida como la de las personas que le rodeaban, especialmente a mí. Me figuraba que al igual que mi reloj de cuerda, su mente, su mecanismo mental, después de años funcionando con exactitud y precisión, antes preclaro y de lucidez envidiable, comenzó a entrar en una espiral de comportamiento errático del que ya me resigné a pensar que nunca saldría.

Después de infinidad de visitas médicas, pruebas y cambios de medicación, nada en absoluto sirvió para ni siquiera una ligera mejoría de su dolencia, a la que parecía ser ajeno y que al contrario de lo esperado, empeoraba por días. Hasta que llegado un punto, como el reloj, no me quedaba más que esperar con tristeza el día en que se parase para siempre.

Supongo que no hay nada peor en la vida de una persona que perder la propia identidad, sobre todo cuando ésta se acerca a su etapa final y se aleja vertiginosamente de sus comienzos. Imagino que es la pérdida de la noción de uno mismo sin ni siquiera, al menos en apariencia, poder preguntarse quién se es en realidad y recordar únicamente episodios lejanos de la vida, que probablemente se asocian a una tercera persona, ajena a uno mismo.

Recuerdos pasados que difuminados en la bruma del tiempo, afloran inconexos a un presente e impiden recordar siquiera lo acontecido en los minutos o las horas anteriores, anulando la capacidad de discernir entre el yo y el tú, el antes y el ahora, y mucho menos, el después.

Parece un estado en el que quien está inmerso, sin consciencia aparente de que lo está, no se sabe si sufre, si es feliz, si lo acepta o lo rechaza y da la impresión, en definitiva, que se encuentra en un limbo ajeno a la realidad de lo cotidiano del que no puede salir para relacionarse con sus semejantes o incluso consigo mismo. Un mundo paralelo en el que parece estar refugiado el sujeto y al que a un tercero le resulta imposible acceder o ni siquiera imaginar su realidad.

Es ésta la impresión que tuve de mi padre cuando poco a poco, pero inexorablemente, empezó a visitar aquel limbo, hasta que le fue imposible salir de él y hubo de permanecer para siempre oculto en su espesa niebla a la espera de su muerte, de la que no habría de tener consciencia de que se acercaba. O al menos, eso pensé en aquel momento. Hoy, me caben serias dudas.

Cuando llegaba a verlo en la residencia en la que se encontraba ingresado, me miraba intensamente a los ojos con una sonrisa, como queriendo decir «Hola hijo mío, me alegro infinito de verte». Alguna vez creí intuir que se le escapaban algunas lágrimas cuando le cogía ambas manos con las mías y lo besaba en la frente. Pero pasados unos instantes, aquella señal de lo que se podría interpretar como un reconocimiento, aquella especie de mueca de alegría, desaparecía y se sumía de nuevo en su mutismo, con la mirada a veces fija en mí o perdida en el vacío, musitando palabras y frases de las que difícilmente lograba entender su sentido.

Pero algo inexplicable tuvo que ocurrir en su cabeza, a la que ya considerábamos como totalmente perdida, que en las semanas anteriores al día en el que se fue para siempre, unos largos destellos de lucidez le permitían visitar el mundo de la consciencia, aunque ésta resultase situada en un espacio intemporal acotado por un paréntesis fuera del cual el tiempo se había detenido. Me pregunto siempre por el misterioso mecanismo que se activó en su cerebro enfermo para que ésto ocurriese y especialmente por la razón por la que lo hizo y encendió aquella llama que ardió por momentos para poco después, apagarse de nuevo y para siempre.

III

Aquella tarde, como hacía casi todos los viernes y las mañanas de domingo, fui a visitar a mi padre en la residencia en la que se encontraba ingresado desde hacía

algún tiempo. Era ya incapaz de valerse por sí mismo y llegado a un estado mental, que no físico, por el que vivir sin compañía representaba un peligro para él. Viudo desde hacía algún tiempo y teniéndome únicamente a mí para atenderle, acordamos entre los dos cuando aún su mente tenía largos momentos de lucidez, que su mejor calidad de vida pasaría por el ingreso en dicha residencia, en la que estaría perfectamente atendido y tendría la oportunidad de relacionarse con otras personas.

Ahora, con sus capacidades mentales bastante más deterioradas que cuando se produjo su ingreso, me resultaba casi imposible mantener una conversación coherente con él en el bis a bis, y mucho menos por teléfono, por lo que hacía algún tiempo que había desistido en mi costumbre de llamarlo diariamente.

Aparqué mi coche en el gran patio de la residencia y en el camino hacia su entrada me crucé con un cuidador que empujaba una silla de ruedas con un señor que por su apariencia y vestimenta, me resultó más que peculiar. Por su aspecto, deduje que su edad sería lo bastante avanzada como para acercarse o incluso superar los noventa, quizás la misma de mi padre, que hacía algunas semanas que los había cumplido. Sentado muy derecho, apoyaba el pie de su única pierna, la derecha, en la extensión de la silla que le permitía tenerla medio flexionada. Con su mano izquierda asía una palanqueta en el reposabrazos de dicho lado, el freno de la silla, y con la derecha movía hacia delante, hacia atrás o hacia los lados, el pomo de un bastón recto cuya punta tenía encastrada en el mismo apoyadero en el que posaba su pie.

Hasta aquí, aunque extraña, atribuí su conducta quizás a una forma de tranquilizarse o relajar sus nervios. Pero, lo que realmente me llamó la atención fue su vestimenta. A pesar del calor sureño que hacía en aquella soleada tarde de primavera ya casi entrado el verano, aquel señor llevaba guantes que le llegaban hasta el antebrazo y cubría su pijama con un chaquetón de cuero negro bastante raído de doble botonadura, grandes solapas y cinturón, forrado de lana de borreguillos, con el ancho cuello levantado tapándole la nuca. Para completar el atuendo, tocaba su cabeza con un gorro de vuelo, también de cuero, de los que usaban los viejos aviadores, y sus gafas de cristales segmentados sin bajar, cubriéndole la frente.

—Lléveme al sector 4 y compruebe que me sigue mi escuadrilla al completo. ¡Hoy toca derribar fascistas! —ordenó a su cuidador mientras se bajaba las gafas y

se las ajustaba ante la mirada condescendiente de éste con una media sonrisa. Acto seguido y dirigiéndose a mí con la misma sonrisa, el cuidador me dijo —Es lo que tenemos —y continuó empujando la silla de ruedas hasta llegar al jardín que rodeaba la residencia.

Según lo visto, interpreté que aquel anciano pensaba que su silla de ruedas era la montura que pilotaba y su motor el cuidador que la empujaba; su palanca de mando, su bastón; la de los gases, la palanqueta del freno de las ruedas y sus pedales, el soporte de apoyo de su único pie. Bueno, pensé divertido, si con aquello se mantenía distraído y no hacía daño a nadie, pues bendito él.

Encontré a mi padre como siempre, sentado muy erguido en su silla de ruedas y mirando al infinito. Y también como siempre, vestido de punta en blanco con su blazer azul y botones dorados, camisa de mil rayas y un fular rojo al cuello, de seda y lunaritos. Se protegía del sol con sus eternas gafas American Optical y sombrero de Panamá, y aunque sus pantalones eran los de su pijama, no podían faltar sus elegantes mocasines de ante con un estribo dorado en el empeine. Genio y figura. Se quitó el sombrero a modo de saludo y se lo entregó al cuidador para que lo sujetara.

Lo besé en la frente a la vez que alisaba su cabello gris, que andaba algo despeinado. Me sonrió cariñosamente y al instante continuó con su mirada perdida. Esperaba que de un momento a otro tuviese uno de aquellos de lucidez en los que parecía bajar al mundo. Duraban no más de quizás 10 o 20 segundos, pero durante ese corto espacio de tiempo volvía a ser mi padre, aquel hombre recto y honesto al que admiraba y del que aprendí todo lo que vivir significaba.

—Me tomaría un whisky —dijo de pronto—largo, con unas gotas de agua, y me fumaría un, un, un,... —y aquí calló, haciendo un gesto al cuidador para que le pusiese de nuevo el Panamá.

—Papá —le dije—ya sabes que no puedes beber alcohol, por las pastillas, y aun menos, fumar.

Quedó un momento pensativo y respondió en alemán —*¡Leben Scheiße!*

Estuve toda la tarde a su lado leyéndole poesías mientras permanecía en su mutismo, algunas en español, otras en mi precario alemán, pero todas bien conocidas por ambos, por la cantidad de veces que él mismo me las había leído en mi niñez y juventud. De vez en cuando y de repente, se anticipaba a algún que otro

verso, que recitaba en voz alta o repetía reiterada y maquinalmente sin que hubiese forma de pararlo.

Se hacía tarde y me despedí de él con dos besos. Me cogió entonces de la mano y me dijo —Han traído a uno nuevo. ¡Y seguro que es Rojo!.

Le miré sorprendido aunque desistí en preguntarle por lo que quería decirme. Pensé que sería inútil pues de nuevo su mirada se perdió en el infinito y no pude salir de la duda de si había dicho «es Rojo» o «es el Rojo».

Al dejar la residencia me entretuve hablando con uno de los cuidadores de los que solían pasar más tiempo con él. Después de algunos comentarios sobre su estado de ánimo que cambiaba según el día, me dijo —Es sorprendente, hay días en los que su mutismo es total, pero sin embargo, hay otros en los que no deja de hablar y contarnos unas historias de unos aviones en los que volaba y del frío que pasó en Rusia. Son tan increíbles y algunas tan divertidas que a veces nos reunimos unos cuantos a su alrededor para oírlas. Yo creo que es el levante, pues cuando sopla y lo sacamos a pasear parece que lo revive.

Aquello me sorprendió, pues hacía bastante tiempo desde que su enfermedad empeoró que no había tenido la suerte de coincidir con alguno de aquellos días de levante de los que me hablaba el cuidador. Divertido, pensé en el levante, el viento del este en el estrecho de Gibraltar del que se decía, no sé si con razón y como exageración, que era el motivo por el que hubiese habido tanto loco suelto en la zona, especialmente en Tarifa, o de las tendencias a la depresión en algunas personas cuando no dejaba de soplar durante semanas. Sin embargo, era el parecer del cuidador que cuando soplabá, su efecto en mi padre era todo lo contrario, pues levantaba su ánimo y hasta las pocas frases o peroratas que soltaba parecían tener un sentido. Le pregunté curioso por lo que me había comentado sobre alguien nuevo en la residencia.

—¡Ah, sí! Lleva aquí dos o tres semanas. Tiene la misma edad que su padre. Le falta una pierna y por lo visto ha vivido en Rusia mucho tiempo. Viene a visitarlo de cuando en cuando una señora, aunque no sé si es familia suya. Al pobre hombre le ha dado por decir, como a su padre, que es piloto y lo tenemos que vestir como tal, así que aquí nos tiene cada vez que lo sacamos a pasear siguiéndole la corriente, sobre todo cuando nos habla, creo que en ruso o en un idioma mu raro, lo que nos da por reírnos. Aunque claro, la misma guasa nos entra cuando su padre nos habla en lo que dice que es alemán, y no crea que le faltamos al respeto, pero

es mu gracioso oírlo, sobre todo cuando nos canta una canción que se llama Lili no sé qué más.

—Lili Marleen —le aclaré. Me despedí del cuidador ansiando que en mi próxima visita soprase el viento de levante, por el deseo que tenía de encontrar a mi padre en uno de aquellos raros y prolongados estados de lucidez que me había dicho que se producían, por mucho que la explicación, la del levante, me pareciese de lo más pueril dadas las circunstancias. Ya en el coche me vinieron a la memoria las primeras estrofas de aquella canción que tantas veces me había cantado mi padre cuando era pequeño a modo de canción de cuna o las que la tataba en sus ratos de melancolía. «Vor der Kaserne, Vor dem großen Tor...Wie einst Lili Marleen».

IV

Habían pasado dos semanas desde mi última visita cuando de nuevo me planté en la residencia uno de esos días de levante en el que hasta las gaviotas tenían problemas para mantenerse en el aire. Al centro, situado a no más de trescientos metros de las orillas del mar Mediterráneo, el viento de levante del Estrecho lo golpeaba frontalmente durante los días que duraba, así que no me extrañaba que sus embates tuviesen, de una forma u otra, un efecto directo en sus ocupantes. Contra todo pronóstico, encontré a mi padre, en cierto modo, locuaz.

—El cuatro-siete era un magnífico avión. Aunque me costó alguna dificultad hacerme con los procedimientos, con tanta leche de modernidad —me dijo nada más llegar—Claro que nada que ver con el Connie. El mejor trimotor del mundo. Se nos paraba las más de las veces un motor en medio del Atlántico a más de veinte mil pies y seguíamos volando como si nada. ¡Jawohl. Sí señor, una maravilla de avión!.

Y continuó con un largo silencio durante el que asía con ambas manos lo que supuse que en su imaginación eran los cuernos de mando con los que pilotaba alguno de aquellos aviones. No me costó trabajo deducir que, como antiguo comandante de líneas aéreas que había sido antes de su retiro, los aviones a los que se refería eran el Boeing 747, el famoso Jumbo, y el Lockheed Super Constellation, en los que había completado junto con otros aparatos la friolera de más de veintidós mil horas de vuelo. La cifra, pensé, superaba con creces a

aquellas otras horas voladas en su juventud, como piloto de caza, antes de su retiro del Ejército del Aire y su pase al vuelo como civil.

—Bueno, ¿me vas a dar un whisky o no? Dile a la sobrecargo que daría mi reino todo por un whisky...y un habano —fueron las palabras que rompieron su silencio después de aquel rato de mutismo, para caer de nuevo en su ensimismamiento.

Me marchaba ya cuando al despedirme habló de nuevo con lucidez inusitada, o más que hablar, me ordenó con voz firme —Cuando vuelvas el domingo me traes mi gorro de vuelo de rejilla, mis gafas Zeiss, las que guardo en su caja de lata y mi cazadora de vuelo de cuero gris, la de Hugo Boss que me regaló tu madre siendo novios en uno de nuestros viajes a München. ¡Ah!, y que no se te olviden ni mis condecoraciones ni mi bastón con puño de plata.

Sus palabras, dichas con una coherencia que hacía tiempo que no escuchaba, me llenaron de alegría. Me cabía la esperanza de que pudiesen repetirse de nuevo y oír su voz, aunque fuese hablando sobre banalidades o fantasías que no viniesen al caso, fuera de su deseo de que le llevase su atuendo de piloto de caza, del que no entendí su razón, al menos en aquel momento en el que me lo transmitió. ¿Sería de verdad el cambio de viento de poniente a levante lo que provocaba aquella locuacidad pasajera?. No era una razón muy creíble pero, conociendo los efectos que en el ánimo y el carácter de algunos de los habitantes de la zona tenía el levante, o las levanteras, si soplaba con fuerza durante días interminables, no me resultaba muy extraña, aunque resultase poco científico a ojos de los médicos.

V

Llegué a la residencia, a la hora de costumbre, un domingo en el que el viento de levante había dejado de soplar y cambiado a poniente. A la vez que entraba, coincidí en su salida con una mujer que empujaba la silla de ruedas de aquel al que mi padre padre tachaba de Rojo, por supuesto, ataviado con sus atributos de piloto y sus manos a los mandos de su avión. Cedí el paso a aquella mujer, creo que al final de la treintena o quizás en los cuarenta, a la vez que sujetaba la puerta para ayudarla a sacar la silla al exterior. Muy atractiva y maquillada sin excesos, me agradeció con una sonrisa la ayuda prestada, mientras colocaba aquel pesado

armatoste en la rampa de salida al patio. El piloto imaginario me saludó militarmente, llevando hasta la sien su mano derecha con el puño cerrado en un gesto rápido y jovial. Quién diría, pensé, que aquel señor con tanta energía pasaba de los noventa.

Encontré como casi siempre a mi padre callado y con la mirada perdida, aunque sonriera levemente cuando, como de costumbre, lo besé en la frente. Parecía que no era consciente de mi presencia, cuando preguntó sin mirarme—Tú eres mi hijo, ¿verdad? —guardó silencio unos minutos y de nuevo dijo—Por un momento pensé que eras mi mecánico. Se conocía el Messer 109 como si lo hubiese inventado él mismo. Era magnífica persona y gran cocinero, con una gracia y una poca vergüenza infinitas. Creo que después de lo de Rusia abrió una bodega en su pueblo y se la bebió él solito.

Me alegró comprobar que al menos aquella tarde aún era capaz de reconocermelo como al hijo suyo que era y pudiera reírse de buena gana. Le comenté hablando muy despacio que le había traído una bolsa con todo aquello que me había pedido, a lo que ni siquiera contestó, pues su interés parecía estar en contemplar las musarañas recordando a su mecánico, lo que hizo hasta el final de mi visita.

—Mala suerte. Se ve que con viento de poniente no parece que esté muy locuaz —le dije al cuidador cuando comenzaba a empujar la silla de ruedas y llevarlo al comedor para la cena del día.

—Quizás sea el cansancio —me respondió—Ha pasado la noche casi sin dormir, muy nervioso, sin dejar de repetir algo así como «¡A los aviones, a los aviones!». Lo repitió cientos de veces y después de un rato de tranquilidad, aunque despierto, comenzó de nuevo a gritar sin parar “¡Los Rata, que vienen los Rata!”. Tuvo que venir el doctor para ponerle una inyección para que se tranquilizara y se durmiera, cosa que ha estado haciendo durante toda la mañana.

—Son malos recuerdos de una guerra pasada que creí que había olvidado, pero se ve que son recurrentes, en forma de pesadillas. A decir verdad y desde que recuerdo, creo que mi padre los ha tenido toda su vida.

Depositó en su habitación la bolsa con todo lo que me había pedido que le llevase, esperando sin muchas esperanzas que en mi siguiente visita pudiese averiguar para qué demonios lo quería, pero con tal de verlo feliz era capaz de hacer todo aquello que me pidiera, aunque se tratase de un desvarío. Excepto el whisky y el habano, claro está.

Al salir de la residencia, ya atardeciendo, me encontré de nuevo con la mujer a la que había ayudado a sacar la silla de ruedas de aquel otro paciente de la residencia, el pretendido piloto. Esperaba en la parada del autobús frente al centro cuando detuve mi coche para ofrecerme a llevarla.

—¿Va usted al pueblo? —le pregunté—El bus va a tardar una media hora o quizás más, así que si quiere puede venir conmigo. Yo también voy hacia allá.

No se lo pensó dos veces y ya en el coche, nos presentamos. Leo, que así dijo llamarse, como licenciada en historia que era, trabajaba como voluntaria en una asociación que se dedicaba a rescatar la memoria histórica de antiguos combatientes republicanos españoles en la II Guerra Mundial. Aquel señor al que ayudaba con su silla de ruedas había sido piloto republicano y según me confesó, tenía grandes historias que contar, aunque en el estado de su enfermedad en el que se encontraba, todas quedarían inconclusas. La dejé en la puerta de su casa, no sin antes expresarle mi deseo de volver a verla para que como primera razón y por gran curiosidad, me contase alguna de aquellas historias del hombre que pilotaba vestido de aviador una silla de ruedas. No se me ocurrió pensar entonces en las razones por las que mi padre me pidió que le llevase su equipo de vuelo y relacionarlas con aquel señor.

VI

Después de las visitas que siguieron a la primera en la que la conocí, no volví a ver a aquella mujer hasta pasadas algunas semanas, encuentro que esperaba, digamos que con cierta expectación. Y fue en dichas semanas cuando ocurrieron cosas que jamás pude imaginarme y que serían una parte importante de la historia que ella habría de contarme la siguiente vez que nos encontramos.

El poniente no paraba de soplar a lo largo de la semana y no dejó de hacerlo durante todo el viernes de mi visita. Me costó trabajo salir de mi sorpresa cuando al pasar al patio ajardinado de la residencia encontré a mi padre en un pletórico estado de ánimo. Sentado en su silla de ruedas, vestía su cazadora de cuero gris y cubría su cabeza con el gorro de vuelo de redecilla, con las gafas Zeiss en la frente. En la pechera derecha de la cazadora lucía el águila con las alas abiertas que agarraba con una de sus garras una cruz gamada, como enseña de piloto de la Luftwaffe alemana, y en la izquierda, una cruz de hierro otorgada por sus acciones de guerra

y el número de aviones enemigos que había derribado. En la manga del mismo lado tenía cosido un parche con la bandera española en la que figuraba la palabra España. Empuñaba con su mano derecha el pomo de plata de su bastón, que apoyaba en uno de los reposaderos para los pies de la silla.

—Saluda al Rojo —me dijo cuando me acerqué a posarle mi acostumbrado beso en la frente.

Frente a él, a pocos metros y saludándome militarmente con el puño cerrado, estaba en su silla de ruedas aquel personaje a quien llamaba el Rojo, con su atuendo de piloto y luciendo un montón de condecoraciones en la pechera de su chaquetón de cuero negro de vuelo. Al igual que él hacía, le devolví el saludo militar lo más marcialmente que pude. Sus cuidadores, apartados de aquellos dos personajes, fumaban divertidos un cigarrillo observando la escena a la sombra de uno de los grandes ficus del jardín de la explanada.

—Llevan así el uno frente al otro desde la hora en la que los sacamos a pasear esta mañana y lo mismo llevan haciendo desde hace unos días, desde aquel en el que trasladamos a su padre a la misma habitación del otro señor. Tooodas toítas las mañanas, nos hacen que les vistamos con lo que llevan puesto, sin que puedan prescindir de sus bastones cuando salimos a los paseos diarios. Parece que esto les sienta bien y no hay nada mejor para nosotros que verlos así de contentos. ¡Y ya verá que lo más divertido está por venir!

La escena, de lo más peculiar dadas las circunstancias, comenzó también a divertirme, especialmente cuando el señor motejado por mi padre como el Rojo, le dijo—Fascista, despegamos en diez minutos para el reconocimiento diario, así que ve calentando motor.

En tal momento, los cuidadores apagaron inmediatamente sus cigarrillos dirigiéndose cada uno de ellos a su respectiva silla. A la voz de «¡Calzos fuera!» de sus pilotos, comenzaron a empujarlos por la explanada después de realizar un imaginario despegue de aquella formación de a dos.

—Fascista, mete algo de motor, que te estás atrasando demasiado —gritó el Rojo, como jefe de la formación, girando la cabeza hacia mi padre como su punto en ella. Su cuidador, de inmediato, adelantó su silla hasta situarla a no más de un metro por detrás y a la derecha de la del Rojo.

—A la de tres viramos noventa a la derecha —ordenó de nuevo el Rojo. Después de contar hasta tres, los cuidadores giraron inmediatamente las sillas de

ruedas en un ángulo de noventa grados manteniendo la distancia entre ambas, mientras sus pilotos se inclinaban hacia la derecha simulando la curva del viraje.

Y así, volando en formación, permanecieron durante todo el tiempo que duró el paseo, hasta que, después del aterrizaje, también en formación, los cuidadores, sus mecánicos, introdujeron ambos aviones en el hangar, para su recuperación y puesta a punto para el vuelo del día siguiente. Ya en el salón de la residencia y colocados los pilotos el uno frente al otro, sonrientes y felices, les quitaron sus prendas de vuelo vistiéndolos con sus respectivos albornoces sobre las camisas de pijama que llevaban debajo. Rompió mi padre el silencio con las únicas palabras que pronunciaría antes de que me marchase.

—Rojo, ¿sabes lo que te digo?, que cada vez me gusta más ver a tu Rata en vuelo junto a mi Bf109, aunque pilotes el avión más feo del mundo —a lo que el Rojo le respondió—¿Y éso lo dices ahora, fascista cabrón, después de haberme acibillado a balazos con toda la artillería de tu monstruo? —y ambos rompieron a reír de buena gana por la ocurrencia, entre toses y espasmos.

Al principio no di importancia al significado del corto diálogo entre ambos ancianos, que atribuí referido al imaginario vuelo que realizaban. Pero, pensándolo mas detenidamente, me asaltó la duda de si pudieran haberse referido a situaciones pasadas vividas por separado. Quizás el Rojo, como piloto republicano que era, o mejor dicho, que había sido, su Rata, el Polikarpov I-16 soviético que presumiblemente volaba fue derribado durante la guerra por un Messerschmitt Bf109 y en estos vuelos imaginarios rememoraba aquel episodio de su vida anterior. Recordé entonces que el avión que pilotaba mi padre en Rusia como teniente agregado en la Escuadrilla Azul era un caza Messerschmitt Bf109G-6, al que normalmente se le conocía como Bf o como Gustav.

Cuando me despedí de ellos aquella tarde memorable y a pesar de creer por un momento que mi padre me diría adiós, era probable que ni siquiera se hubiese percatado de mi presencia. Me olvidé de ello, entre triste y contento a la vez, por haberlo visto tan feliz volando en formación bajo el sol de la tarde casi veraniega con su compañero de habitación, el Rojo. Y aquel día no soplaban el levante.

La misma escena que había presenciado entre divertido y curioso, me informaron los cuidadores que se repetía a diario, sin que los paseos en el exterior pudiesen ser de otra manera, para en caso contrario, gran enfado de los dos aviadores imaginarios.

—¿Sabe usted una cosa? —me confesó en tono de confidencia uno de aquellos cuidadores—Creo que ni el doctor lo sabe, pero, algunas de las noches en las que me ha tocado guardia, estoy seguro de haberlos escuchado hablar entre ellos. Y lo mismo me ha dicho mi compañero. No hemos sido capaces de saber lo que dicen, pero a veces se parten de risa después de que uno de ellos haya dicho algo. Yo le pregunté por la mañana a cada uno por separado sobre aquello de lo que supuestamente habían estado hablando y de lo que se reían, pero como siempre, tuve la callada por respuesta. Son cosas de esta enfermedad, que uno nunca sabe lo que pasa por sus cabezas.

Y efectivamente llevaba razón.

VII

El día amaneció con lluvia a ratos. Soplaban viento de poniente y entre intervalos de sol intenso alguna nube venida del oeste descargaba un chaparrón de los que calan hasta los huesos. No era día de sacar a los residentes a su habitual paseo, ya fuese el matutino o el de por la tarde, así que al entrar en el gran salón me los encontré a casi todos ellos sentados frente a la gran pantalla de televisión, contemplándola o dormitando en las posturas más inverosímiles. Y digo casi todos porque en el grupo faltaba tanto mi padre como su compañero de habitación, el Rojo.

Se encontraban sentados el uno junto al otro en silencio, frente a los grandes ventanales que daban al exterior con vistas al mar, ambos con la mirada perdida en el infinito. Por supuesto, y como era habitual, vestían sus atuendos de piloto encima de los pijamas de rayas de uniformidad de la residencia.

—Hoy la cosa está tranquila —me dijo el cuidador que se sentaba junto a ellos—Llevan así de calladitos mirando por las ventanas toda esta mañana de domingo.

Después de besar a mi padre, sin que al parecer notase que era yo quien había llegado, me senté junto a ellos relevando al cuidador mientras durase la visita. El Rojo, sin embargo, me saludó con una sonrisa acompañada de su tradicional y enérgico saludo.

—Hoy el asunto está jodido para despegar. La pista está encharcada hasta las trancas. Y con estas nubes bajas a ver quién es el guapo que se atreve, así que toca descanso.

Al poco, llegó la visita que desde hacía algunos días que estaba esperando. Era la mujer que al igual que hacía yo con mi padre, acompañaba al Rojo en su mundo de presunta soledad. Le saludó cogiendo sus manos con las suyas a la vez que las besaba, le daba los buenos días y preguntaba por cómo se encontraba, de seguro sin esperar otra respuesta que una sonrisa y un rostro iluminado brevemente por la alegría que produce reconocer a un ser querido, aunque en el fondo, pudiese temer que se tratase de un acto reflejo e inconsciente. E igualmente hizo con mi padre, pero el efecto fue, para nuestra sorpresa, diferente.

—Usted es la novia de mi hijo ¿verdad? Siempre tuvo muy buen ojo con las mujeres. Le viene de herencia.

Nos reíamos de buena gana por la ocurrencia de mi padre mientras se sentaba junto a mí, e inevitablemente comenzamos a charlar sobre el estado de nuestros visitados. Y mi curiosidad pudo más que mi prudencia al preguntarle sobre la identidad y la vida del Rojo.

—En realidad, Rojo, como lo llama su padre, no es un mote. Es que su apellido es Rojo, y su nombre, Leocadio. Supe de su existencia hace no más de tres años, casi por casualidad, cuando aún conservaba gran parte de su lucidez. Descubrí su nombre repasando un día una lista de españoles republicanos que habían luchado en Rusia como pilotos de las Fuerzas Aéreas soviéticas durante la Segunda Guerra Mundial, después de nuestra Guerra Civil. Resultó que era un primo hermano de mi padre y al que la familia siempre dio por muerto. Había permanecido en Rusia hasta su vuelta a España muchos años después. Tanto él como algunos otros de la lista que aún quedaban vivos habían decidido volver a su patria natal, para morir y ser enterrados en ella. Me hice cargo de él hasta que me fue imposible atenderle debidamente y por el avance de su enfermedad no tuve más remedio que ingresarlo aquí.

Lo que me contaba del comportamiento de aquel señor desde que los primeros síntomas de su enfermedad comenzaron a aparecer, eran exactamente los mismos que sufrió mi padre. Mi interés, además de en las similitudes del progreso de la enfermedad en ambos ancianos, se centró en la vida de aquel personaje apellidado Rojo, don Leocadio. Aquella mujer me pareció además de encantadora, una brillante narradora. Y la animé a que continuase con su historia.

—Por todo lo que me contó y recuerdo, Leocadio se hizo piloto de las FARE, las Fuerzas Aéreas de la República Española muy joven, casi al final de nuestra

Guerra Civil. Le enviaron en secreto a Rusia con otro grupo de jóvenes, el cuarto que enviaba la República a un lugar que se llamaba Kirovabad, creo que en Azerbaiyan, y cuando terminó su formación como piloto de caza en aquella escuela, la Guerra Civil había terminado o estaba a punto de terminar. Por lo visto, tanto él como algunos de sus compañeros decidieron quedarse en Rusia e intentaron ingresar en las Fuerzas Aéreas soviéticas como pilotos que eran. Por la oposición y los celos que encontraron en el establishment comunista no tuvieron más remedio que aceptar aquello que les ofrecían, trabajos como operarios en fábricas, de mecánicos y no sé qué más, pero en ningún caso, en aquello para lo que habían sido adiestrados. Estalló entonces la Segunda Guerra mundial y en el 41 la invasión de Rusia por las tropas nazis. Los soviéticos necesitaban pilotos, así que, después de superar una burocracia infinita, aquellos españoles republicanos lograron ser aceptados como lo que eran. Al cabo de unas semanas de entrenamiento intenso, los declararon como aptos para el combate y enviados al frente en diferentes unidades de caza. Entre ellos, se encontraba Leocadio. Poco o muy poco me contó de sus experiencias en combate, únicamente que volaba en un avión que llamaba Mosca y con la excepción de aquella en la que perdió la pierna izquierda, según me dijo, después de que otro piloto español le derribara, con lo que allí terminó para siempre su carrera como piloto de caza.

—¿Un piloto español? ¿De su misma escuadrilla, quizás por error? —le pregunté totalmente sorprendido.

—¡No, qué va!. Era un piloto español del bando enemigo —me respondió ella.

—Un fascista cabrón que me reventó mi Rata, al que ahora no me quedan más cojones que aguantarlo todos los días y sin embargo le debo la vida —dijo para nuestra sorpresa el Rojo volviéndose hacia nosotros.

—Y mejor piloto y con mejor avión que tú —respondió mi padre a su vez, para continuar—Y en toda tu puñetera vida de rojo te habrás comido un bacalao con tomate como el que te comiste conmigo en aquel garito de mi base.

Los dos empezaron a partirse de risa, de buena gana y entre espasmos, ante nuestra mirada atónita e incrédula. La conversación entre ambos no había tenido ni pies ni cabeza, pero para ellos su sentido era inequívoco. Y después, de nuevo, su silencio acostumbrado.

VIII

Acabó la visita y me atreví a invitar a comer a mi atractiva interlocutora en uno de los chiringuitos de la zona. Merecía la pena no solo por su compañía sino unido a ello por el inmenso interés y curiosidad que había despertado en mí aquella historia del Rojo.

—Todavía me pregunto por la súbita reacción de nuestros dos personajes y no me cabe en la cabeza que fuese posible lo que ocurrió. ¿Crees tú que nos estaban oyendo y eran conscientes de aquello de lo que estábamos hablando? Me parece inverosímil, pero la realidad es que fue eso lo que pasó —me comentó nada más sentarnos a la mesa.

Le confesé que por un momento me pareció que ambos nos estaban engañando, que nos habían estado engañando todo el tiempo desde hacía mucho tiempo y que eran perfectamente conscientes de todo lo que oían y de lo que ocurría a su alrededor. Que por razones desconocidas por el resto de los mortales, habían decidido comportarse como lo hacían y creado un universo paralelo en el que refugiarse del mundo, plantando una barrera impenetrable para aquellos que les rodeaban y a los que no les estaba permitido atravesar, para de vez en cuando y según les conviniese, salir de él. Sabíamos tan poco de la dolencia que les afectaba y de sus mecanismos de conducta que parecía que todo era posible. Y continuó contándome aquella historia apasionante del Rojo, desde el punto en el que la había dejado.

—En aquel combate, el último de su carrera, Leocadio, aunque malherido, pudo saltar en paracaídas, y para su fortuna, cayó en un campo ocupado por alemanes y un grupo de españoles, en el año 1944.

Mientras me contaba todo aquello, comencé a recordar algunas de las historias que mi padre me había relatado en mi juventud, especialmente aquellas ocurridas durante su destino en Rusia con la llamada Escuadrilla Azul, con la que combatió junto con los alemanes de la Luftwaffe contra las Fuerzas Aéreas soviéticas, hasta su vuelta a España en aquel mismo año de 1944.

—Fue cogido prisionero y cuando pensaba que le pegaban un tiro con el paracaídas aún puesto y desangrándose por sus heridas, escuchó a algunos sus captores hablar en español. Y eso fue lo que lo salvó. Se hicieron cargo de él y le llevaron a su enfermería, en la que un médico español le amputó la pierna izquierda.

Aunque prisionero, durante su convalecencia, le visitaba especialmente el piloto, teniente o capitán, no recuerdo muy bien, que lo había derribado, con el que entabló una estrecha de amistad.

—¡Un momento!. No sigas y déjame pensar un momento —le dije algo agitado interrumpiéndola en su relato de las aventuras y desventuras del Rojo. Sorprendida por la forma tan persuasiva en la que le hablé, me miró con expresión de preguntarme sin palabras por el motivo de mi interrupción tan intempestiva y hasta cierto punto descortés.

—Tengo una intuición, que de confirmarse, estaríamos ante una de las historias más increíbles que jamás imaginásemos que pudiesen haber ocurrido. Pero necesitamos ir a mi casa.

Después de pagar la cuenta y de camino a mi coche sin haberle dado una explicación por mi reacción, me surgió la duda de que quizás creyese que mi proposición de acompañarme tan de súbito a mi apartamento se debiera a razones diferentes a aquellas por las que la invitaba, pero la cuestión es que sin pensárselo dos veces salimos a toda prisa y sin mediar palabra hasta llegar a mi casa. Una vez allí y mientras ella misma preparaba café y unas copas, fui a buscar en los archivos de los infinitos papeles y fotografías que habían pertenecido a mi padre una caja en particular, en la que conservaba todos los documentos relativos a su carrera como piloto militar.

Perfectamente ordenados por orden cronológico, aquellos documentos correspondían a sus titulaciones y ascensos, comenzando por su formación como piloto y las cartillas de vuelo con todas las horas, aviones tripulados y misiones que había realizado durante la Guerra Civil española en el bando de los sublevados contra la República. Después de un rato revisando todo aquello ante el silencio expectante y los ojos curiosos de mi acompañante, apareció la carpeta en la que realmente estaba más interesado.

«Rusia» era su título escrito con letras casi desvaídas en la etiqueta pegada a su cubierta. En ella, conservaba algunas fotos y un dietario, que al igual que la carpeta, llevaba como título «Rusia-1944». Y antes de decidirme a abrirlo, empecé a contar parte de la vida de mi padre.

IX

—Mi abuela era alemana, de un pueblo de Baviera, y mi abuelo lo mandó a estudiar siendo muy joven a Munich, donde vivía la familia materna. Allí, en un aeródromo cercano llamado Fürstenfeldbruck, hizo un curso de piloto de planeadores y conoció a mi madre, con quien se casaría pasados unos años y una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial, después de 1945.

»Cuando volvió a España, sobre 1938, la Guerra Civil estaba casi en su punto álgido. Hacían falta pilotos, así que se enroló en la aviación sublevada, los nacionales, y después de realizar algún que otro curso comenzó a volar como piloto de caza, participando en unos pocos combates aéreos. Acabada la guerra, permaneció en el Ejército hasta que, ya casi en 1944, se alistó como voluntario en la llamada Escuadrilla Azul. Aquel era el quinto contingente de pilotos enviados por España a Rusia para luchar junto con los alemanes de la Luftwaffe contra el comunismo soviético. Por su dominio del alemán y su experiencia en combate como piloto, fue aceptado inmediatamente con el grado de teniente y enviado con el resto de pilotos de la Escuadrilla a un lugar de Francia para recibir entrenamiento por pilotos alemanes.

Mi interlocutora, muy atenta e interesada con mi narración, me interrumpió en varias ocasiones con preguntas sobre las ideas políticas de mi padre y de todo aquello que le contaba, pues aunque bastante familiarizada con la aviación y con su historia, no lo estaba especialmente con lo ocurrido con aquel contingente de aviadores españoles enviados a luchar en el cielo de Rusia, que nada tenían que ver con aquel otro de fuerzas terrestres llamado la División Azul.

—No me consta que mi padre tuviese ideas políticas que le impulsasen a jugarse el tipo en Rusia y supongo que fue por un espíritu de aventura y un prurito de compañerismo. Una vez le pregunté por el porqué de haberse presentado voluntario para aquella aventura a lo desconocido, en la que sabía que quizás con mucha suerte podría escapar vivo, ya fuese entero o mutilado, y con mala suerte, morir en el intento y no regresar nunca. «Porque sencillamente, cuando nos lo propusieron era uno de los que estaba allí. Y no iba a dejar ir solos a mis compañeros» fue su respuesta sin ninguna otra explicación más prosaica.

—Supongo que después de haber sobrevivido a dos guerras, tu padre podía considerarse como muy afortunado. Y a toda una vida volando. Pues según tengo

entendido, el número de pilotos militares que fallecían en accidentes en la posguerra y mucho después era realmente terrorífico.

Y llevaba toda la razón.

—Fíjate en las cifras que recuerdo. Desde que se creó la Academia General del Aire en 1943 hasta principios de los años 90, cincuenta años después, de los aproximadamente dos mil cuatrocientos cincuenta pilotos que se formaron allí, fallecieron en acto de servicio cerca de trescientos. La cifra aumenta significativamente si le añadimos aquellos también fallecidos que no habían pasado por la Academia procedentes de la guerra además de los de Complemento y los tripulantes. A él, como a tantos otros, les tocó volar la peor época de paz de la posguerra española, en los diez o doce años posteriores a la misma.

»El material aéreo era, además de infinitamente diverso, en su mayoría casi obsoleto, proveniente de la Guerra Civil, proporcionado por los alemanes o los italianos, o el incautado a la República con su derrota. Los repuestos eran escasos y el mantenimiento de fortuna, esforzándose los ingenieros y los mecánicos en mantener en vuelo unos aviones cuyo estado dejaba a veces mucho que desear. Algunos de ellos, aunque ya anticuados en comparación con aquellos en servicio en otras fuerzas aéreas, se empezaron a fabricar en España, como el Junker-52, el Heinkel-111 o el Messerschmitt Bf109G, éstos últimos con motores Rolls-Royce ingleses y denominados familiarmente Pedro y Buchón. Hasta que comenzó a llegar el material de la ayuda americana, a principios de los años cincuenta y con ello, los reactores.

»Mi padre dejó el Ejército del Aire pocos años después de volver de Rusia, ya de capitán, y pasó a volar como piloto civil de líneas aéreas. Ya sabes, el sueldo que le ofrecían cuatriplicaba o quintuplicaba al que recibía como militar además de una estabilidad familiar diferente, sin cambios de destino de una Unidad a otra. Estuvo volando hasta su jubilación, cercana a los setenta años. Como te digo, toda una vida en el aire.

Y llegó el momento de abrir el dietario titulado «Rusia», que entre todo el conjunto de documentos era el que más estaba esperando. Mi padre nunca me permitió leer las anotaciones personales que contenía, ni tampoco tuve ocasión de leerlas desde que todo su archivo pasara a mis manos como consecuencia de su enfermedad, ya fuera por falta de tiempo o de un interés inmediato en ello. Recordaba, sin embargo, que sin dramatismo alguno me solía contar algunas de

sus vivencias como piloto y las del tiempo que pasó volando junto a la Escuadrilla Azul y a los alemanes en Rusia. El motivo de mi búsqueda se centraba en una de aquellas historias de las que aún recordaba, acerca del derribo de un avión soviético pilotado por un aviador español del que acabó siendo un gran amigo al que no volvió a ver y del que nunca me dijo su nombre.

Pegada en la contra cubierta una fotografía mostraba a mi padre muy joven junto a otro joven con muletas al que le faltaba la pierna izquierda. Fechada en abril de 1944, estaba tomada en la puerta de entrada a una especie de chambaio debajo de un cartel pintado con lo que supuse que era la bandera española y que tenía escrita las palabras «Enfermería / Krankenstube». En una tabla en forma de flecha clavada en un poste entre ambos protagonistas se podía leer claramente «A Madrid, 3000km».

Escrito en forma de diario, el libro relataba por fechas lo vivido desde su llegada a Francia en enero de 1944 para comenzar su entrenamiento en el caza Focke Wulf 190, considerado como quizás uno de los mejores del momento y diferente a todo lo que había volado hasta entonces. Compuesta por 20 pilotos, la escuadrilla llegó a Rusia para relevar al contingente anterior de pilotos españoles, el cuarto, en febrero del mismo año, siendo destinada junto con el Grupo de Caza JG-51 de la Luftwaffe al aeródromo de Bobruisk en Bielorrusia, aunque la realidad es que fueron 21 los aviadores de aquella expedición, pues mi padre no figuraba como parte nominal de ella sino como enlace con los alemanes. Leí en voz alta a mi acompañante lo que en aquel diario estaba escrito, saltándome todo aquello que por muy personal me pareció que debía omitir.

X

»25 febrero 44: Nos asignan a los pilotos alemanes y a los aviones con los que en principio vamos a volar. Para nuestra sorpresa, son Bf 109G-6 en lugar de los Focke Wulf 190 en los que nos habíamos entrenado. Todos tuvimos dificultades para hacernos con el nuevo avión y sus procedimientos, aunque tanto a mí como a otros compañeros nos resultó algo más fácil, por su parecido con el Bf 109B, que habíamos volado en España. Mis compañeros españoles, ignorantes del idioma de Goethe, no se enteran ni un carajo de lo que les dicen los alemanes. Soy el intérprete y enlace con ellos, que me acogen como a uno más de los suyos. Aquí en

Rusia hace un frío que pela y todos tenemos sabañones en la orejas y en los pies. Menos mal que el equipo de vuelo es magnífico. Yo vuelo con calzoncillos de cuello alto, jersey, mi cazadora de cuero gris y un chaquetón y pantalones de piel calefactados.

»27 febrero 44: Salimos a volar. El campo está hecho unos zorros, con nieve y fango, por lo que más de uno hizo un caballito, por acelerar demasiado brusco el monstruo de motor Daimler-Benz DB605 con sus casi 1500 caballos, clavando las patas del tren en el lodazal blanco y marrón. Y si jodido ha sido el despegue, aún más lo han sido las tomas. Me han asignado para volar como punto del oberleutnant Seitz, un *experten* que tiene en su haber más de cien derribos en lo que va de guerra. Nos hemos hecho bastante amigos. Bávaro de cerca de München, hablamos el alemán con el mismo acento. Volamos en formación *rotte* o por parejas. En la mía, Seitz es el jefe y yo protejo su trasero. Divisamos a lo lejos un grupo de probablemente Chatos, pero no entramos en combate, pues se dispersaron nada más notar nuestra presencia. El teniente Segurola ha caído después de una misión de escolta a un grupo de Stukas. Le enterramos cristianamente en la base. Es la primera baja de la escuadrilla.

Me salté todas las anotaciones que siguieron hasta llegar a aquella que estaba buscando, ya casi a finales del mes de marzo.

»28 marzo 44: Sonó la alarma y salimos a volar media docena de aviones una mañana muy fría, de cielo totalmente despejado y con un sol triste. De sol y moscas, como solíamos decir. Como siempre, iba de punto en la *rotte* separado unos 50 metros por detrás de mi jefe Seitz y a su mismo nivel de vuelo. El sector asignado correspondía al inmediato a nuestra base, a la que nos habían avisado que se dirigía un enjambre de bombarderos ligeros Katiuska y Sturmovik acompañados de biplanos Chato y quizás algún Rata como protección. Nos situamos a unos quinientos metros por encima de los soviéticos, que volaban bajo, y mi jefe decidió tirarse por el Katiuska que más cerca teníamos. Picamos a lo bestia y lo derribó con una corta ráfaga del cañón de 20mm. El avión ruso se incendió inmediatamente iniciando una barrena, sin que a la tripulación de tres les diese tiempo a saltar en paracaídas. Rompimos la formación y nos reunimos de nuevo ascendiendo en

busca de otro desdichado. Esta vez, la presa elegida fue un Chato, que se había separado de su formación. De nuevo picamos para atacar, aunque esta vez era yo el encargado del ataque, con el permiso de mi jefe. Una ráfaga de cañón y ametralladoras casi partieron al Chato por la mitad. Viraba para reunirme con mi jefe cuando vi que trataba de zafarse de un Rata que tenía a su cola persiguiéndole. Seguro que se trató de un despiste de segundos, mientras confirmaba mi derribo, cuando el Rata lo cogió totalmente desprevenido. Metí todo el gas para situarme a la cola del Rata y antes de tenerlo a tiro en mi colimador, una densa columna de humo blanco salía del avión de Seitz, que viró en dirección a la base. Alertado de que me tenía detrás suya, el Rata hizo varios toneles rápidos para librarse de mí a la vez que cortaba motor, haciendo con ello que le sobrepasase en mi ataque. Se situó a mi cola y noté como sus proyectiles impactaban en mi fuselaje y en mi plano izquierdo. Me sentí entero y con el motor redondo, así que continué con el combate. Más rápido que el Rata, después de unos minutos jugando al gato y al ratón logré cazarle en un viraje. Un tiro curvo con corrección y lo acribillé con toda mi artillería. Con el motor echando humo negro y la cola destrozada, el Rata se puso en invertido y vi como el piloto salía de la carlinga para a los pocos segundos abrir su paracaídas. Nuestro combate había sido casi en la vertical de la base y en un plis-plas me encontraba en la cabecera del campo con el tren fuera y los flaps extendidos para tomar tierra. Cuando mi mecánico, me abrió la carlinga para que saliera del avión me dijo con su acento gaditano a la vez que movía su mano derecha con gesto de exagerar —¡Ajú jefe, hoy le han metido mas plomazos que a una perdiz en un ojeo! —por lo que me reí de buena gana con la ocurrencia. Me informó que mi jefe había aterrizado con el avión hecho unos zorros pero indemne, así que me dirigí a la oficina de vuelos para confirmar mi derribo de un Chato y un Rata en la misma salida. Me entero además de que el piloto de mi Rata derribado ha sido hecho prisionero por los alemanes y aunque malherido le tienen confinado a la espera de interrogarle y trasladarlo a un campo, o con mala suerte para él, fusilarlo allí mismo.

»29 marzo 44: Después de desayunar he ido a visitar a mi enemigo en el combate del día anterior. He tenido que convencer y sobornar con coñac a su custodio alemán para que me dejase. Me llamaba tremendamente la curiosidad el saber quién era aquel magnífico piloto que estuvo a punto de derribarme y de lo que solo

me libré gracias a que mi avión era muy superior al suyo y no porque fuese mejor piloto que él. Le habían dado ya una buena somanta de guantazos cuando le encontré en su camastro con la cara amoratada e hinchada y la pierna izquierda cubierta por unas vendas totalmente empapadas de sangre. Me dirigí a él en alemán gesticulando con las manos, suponiendo que aquel ruso no entendería ni una palabra de lo que le decía. Para mi sorpresa, me dijo que si hablábamos en español nos entenderíamos mejor. Me contó su historia, entre los quejidos de dolor por su pierna herida y la paliza que le habían dado los interrogadores alemanes. Era español, republicano y medio paisano mío. Me fui inmediatamente a hablar con mi comandante, mi jefe español, al que convencí para que nos hiciésemos cargo del prisionero y lo mismo hizo él con el mando alemán, en la idea de que al ser español, sería más fácil que le interrogásemos nosotros. Por supuesto, los trajinamos como a chinos, con todo lo listos que eran. Sólo el teniente Seitz estaba al tanto de nuestra intriga, pero siendo el caballero que era no soltó prenda de lo que tramábamos y hasta el falangista más acérrimo de mis compañeros estuvo de acuerdo en que, aunque fuese un rojo, sería una canallada dejarlo en manos de los nazis que de seguro le darían el paseílo de un día para otro. Uno de nuestros oficiales ejercía de médico en la vida civil por lo que le llevamos a nuestra enfermería para que le curase. Por las heridas del combate, no tuvo más remedio que amputarle la pierna izquierda a la altura de la rodilla.

»2 abril 44: Visité al herido como venía haciendo casi a diario desde su operación. Es un tipo muy duro y se recupera con bastante rapidez tanto de la amputación como de otras heridas que tenía en la espalda y brazos. Por más que los alemanes preguntan por él, mi comandante, que aunque de Cuenca parece gallego, les da largas y preguntas en lugar de respuestas. Creo que ya los ha cansado aun con lo cabezotas que son, pues bastante jaleo hay en la Unidad como para preocuparse por un ruso más, que por aquellos días caían en sus manos como chinches, o en este caso, de un español.

»4 abril 44: Parece que los cabeza cuadrada de los boches se han olvidado de nuestro prisionero y han dejado de preguntar por el interrogatorio. Creo que mi jefe ha llegado incluso a mentirles diciéndoles que la está palmando como consecuencia de sus heridas. Nos ha parecido un hombre de honor, así que nos ha dado su

palabra de que no intentará escapar si no es con nuestro permiso, aunque en su estado, pocas probabilidades tendría de sobrevivir. En cualquier caso, es consciente de que si no lo fusilaban los nazis cabría la posibilidad de que lo haría el comisario político con el que se topase, como solían hacer los soviéticos justificándose con inauditos y rebuscados motivos patrióticos y políticos.

»7 abril 44: En España es Viernes Santo. Mi mecánico, también cuando se tercia nuestro cocinero, ha preparado esta mañana bacalao con tomate. No sé de dónde sacó el bacalao, seguro que robado a la intendencia alemana, al igual que una lata de aquello que dijo que era tomate y que aunque no lo pareciera, sabía a tomate. Para la escasez que nos rodea, estaba exquisito. Y torrijas, que aunque hechas con un pan negro, parecían sacadas de la confitería de mi pueblo. He sorprendido a nuestro prisionero, al que llamamos el Rojo, con el bacalao y las torrijas. Se le han saltado dos lagrimones como puños. Me ha preguntado cómo es posible que nuestro té esté transparente y sin zurrapas y nos hemos partido de la risa cuando le he contado que lo aclaramos pasándolo por el filtro de las máscaras antiguas. Así que, cuando nos sorprendan los rusos con un ataque con gases, ¡que Dios nos coja confesados!.

Así, después de anotar en aquel diario las misiones de vuelo que realizaba, comentaba a continuación sus charlas con aquel al que había derribado y con el que había entablado un estrecho vínculo de amistad. Hice aquí una pausa y dejé de leer lo allí escrito. Ni mi atractiva interlocutora ni yo podíamos salir de nuestro asombro. Hay casualidades y coincidencias en el mundo que se pueden dar entre un millón de posibilidades y aquella era una de ellas. No teníamos la menor duda de que aquel anciano de la residencia al que mi padre llamaba el Rojo era el mismo tipo que, en su juventud, mi padre había derribado volando sobre los cielos de Rusia. Ambos eran españoles, luchando en bandos irreconciliables muy lejos de su patria y al que uno de ellos salvó al otro de una muerte segura en la tierra después de haber intentado destrozarle en el aire.

Ahora en su vejez, viviendo en mundos totalmente ajenos a lo cotidiano, se reencontraban de nuevo. Leí entonces la última anotación en la que mi padre se refería a su amigo el Rojo.

»Junio 1944: Recibimos orden de dejar Bobruisk con los soviéticos a pocos kilómetros de la base. Los alemanes se retirarán después que nosotros, aunque mi querido compañero de vuelos, el teniente Seitz, no tendrá esa suerte. Tristemente le enterramos hace unos días después de que se estrellase y falleciera tras un combate sobre nuestras líneas. Era un magnífico aviador y una gran persona. Dejamos de una puñetera vez Rusia y volvemos repatriados a España. La guerra ha terminado para nosotros. Me he despedido con pena del Rojo, que ahora ha aprendido a andar y hasta a correr ayudado de unas muletas. Nos hemos dado un fuerte abrazo y nos hemos jurado que si lográbamos sobrevivir a esta guerra inmunda, cuando todo hubiese acabado, nos reuniríamos en España para emborracharnos y celebrar que estábamos vivos. Aunque ahora que lo pienso, nunca me dijo su nombre.

»Septiembre 1944: Atrás ha quedado Rusia y toda la miseria y el frío que allí sufrimos. Hemos vuelto a España sin pena ni gloria, casi de tapadillo, pero con alguna que otra condecoración y la satisfacción del deber cumplido. Me incorporo de nuevo como teniente al Ejército del Aire a la espera de que me destinen a una Unidad, espero que de caza. Al presentar mis documentos me llevo una desagradable sorpresa al comprobar que mi cartilla de vuelos de la Luftwaffe y la concesión de mi cruz de hierro se perdieron en la repatriación, así que todas las misiones que realicé y los derribos que hice es como si nunca hubiesen existido, aunque para mí se quedan el miedo y los terribles momentos que viví.

XI

Comenzaba a atardecer cuando propuse a mi acompañante abrir una botella de tinto, lo que le pareció una idea muy apropiada. Después de llenar las copas y brindar por aquellos dos aviadores, le pregunté—¿Y sabes algo de lo que ocurrió con el Rojo después de todo aquello?. Pues mi padre volvió a España y como te dije, siguió como capitán en el Ejército del Aire unos años hasta que se pasó a las líneas civiles.

—Lo que le ocurrió a Leocadio fue bastante triste. Cuando los rusos ocuparon la base se reunió con ellos pensando que después de su liberación le destinarían de nuevo a una unidad aérea para seguir combatiendo, aunque fuese en un destino en

tierra. Quería creer con optimismo que por tener unas pocas de las más altas condecoraciones a las que un piloto soviético podía aspirar por sus actos de heroísmo en combate, seguiría prestando sus servicios manteniendo su grado de teniente. Pero nada de eso ocurrió.

»A pesar de sus intentos de convencer al comisario político que le liberó de que sus ideas y lealtad a la Unión Soviética permanecían inalteradas, fue declarado como elemento contaminado por el enemigo y enviado a Siberia a un campo de reeducación. Y tuvo suerte, porque en casos como el suyo solían fusilar a los desdichados, por mucho historial de heroísmo que les avalase y aunque no fuesen ciertas, con razones tales como el no haber intentado escapar, pasar información al enemigo, traición u otras de lo más peregrino.

»Allí en Siberia permaneció con la vida siempre pendiente de un hilo y pasando la más absoluta de las miserias hasta algunos años después de que finalizase la guerra, en los que no dejó de solicitar que su caso fuese revisado. Creo que fueron casi doce años los que estuvo allí y después de varios traslados por algunos campos del Gulag fue por fin rehabilitado, aunque siempre bajo sospecha. Logró un trabajo en tierra, en una línea aérea que trasladaba maquinaria agrícola y herramientas en vuelos entre diferentes puntos de la Siberia que tanto odiaba. A la caída de la Unión Soviética, ya retirado, decidió volver a España. Fue cuando me hice cargo de él hasta que no tuve más remedio que ingresarlo en la residencia. Durante todo ese tiempo no dejó de insistirme en que buscara a su amigo el aviador fascista que le había salvado la vida, pero sin conocer ni su nombre ni su apellido, me resultó totalmente imposible localizarle.

Guardó silencio por unos momentos en los que apuraba su copa de vino, para con aire pensativo, continuar—Me parece aún mentira que tanto él como su amigo hayan coincidido al final de sus vidas en la residencia. Y lo que me resulta aún más inverosímil es que no se acuerden siquiera de quiénes somos ni de cómo nos llamamos y sin embargo y de lo que estoy segura, sean capaces de acordarse de algo que sucedió hace más de 50 años.

XII

Era domingo por la mañana y había quedado con mi nueva amiga para visitar a nuestros aviadores. Por el buen tiempo que hacía, ya casi entrado el verano,

habíamos decidido que sería divertido actuar de motores de sus respectivos cazas y participar en un largo vuelo de reconocimiento por los alrededores de la residencia. Ella llegaría algo más tarde en autobús por lo que la idea era encontrarnos directamente allí.

Me extrañó que al entrar en el patio encontrase solo a mi padre, ataviado como solía estar con su equipo de vuelo y acompañado de su cuidador, que se mantenía muy serio detrás suya. Tenía la mirada perdida y triste. Cuando le di mi beso de costumbre, con voz rota me dijo—Esta noche el Rojo ha despegado sin mí.

En un principio interpreté que se trataba de uno de sus desvaríos, pero lo que realmente quería decirme era lo que me confirmó muy apesadumbrado el cuidador.

—Esta madrugada falleció su compañero de habitación. Hace solo unos minutos que acompañado de la mujer que siempre lo visitaba, se lo han llevado al tanatorio.

Fui directamente hacia allí a encontrarme con mi amiga. Lloraba desconsoladamente acompañada de dos de sus compañeras de la institución para la que trabajaba. La consolé como pude y ya tranquila, comenzó a contarme lo sucedido.

—Al parecer anoche no hubo forma de que les acostasen ni que les quitaran las ropas de aviador que llevaban puestas, así que, ante su testarudez, les dejaron sentados en sus sillas vigilados por uno de los cuidadores. Se quedó dormido y cuando despertó se los encontró en el salón, uno al lado del otro. No se explicaba como sus sillas de ruedas habían llegado hasta allí desde la habitación que compartían.

Se tomó un respiro para continuar, después de enjugarse sus lágrimas.

—Cantaban una canción cogidos de la mano, hasta que sus voces se fueron apagando poco a poco. Oyó a tu padre decir algo así como «Rojo, nos encontraremos de nuevo allá arriba», para después romper a llorar como un niño.

XIII

Aquel día en el que murió el Rojo lo pasó mi padre totalmente ausente de todo lo que le rodeaba, en silencio, sin musitar siquiera alguna de aquellas palabras que a veces pronunciaba, en apariencia sin sentido. De vez en cuando unas lágrimas enturbiaban sus ojos azules para caer después en una especie de duermevela en la

que no supe si estaba despierto o realmente dormía, sentado aún en su silla, o mejor dicho, en su avión, del que no había consentido que le levantásemos para acostarle.

Decidí quedarme durante la noche, para que sintiese que alguien querido le acompañaba, aunque no fuese su amigo el Rojo. Casi de madrugada, me desperté al oír su voz, clara y sin rastro del impedimento al que su enfermedad le tenía sometido.

—Hijo mío. Ya va siendo hora de que te diga adiós y lo mucho que te quiero. Gracias por estar todo este tiempo a mi lado. Pero el Rojo ha despegado sin mí y tengo que cubrir su trasero. Ya sabes, nunca dejaría solo a un compañero. Y menos aun a un amigo.

Se bajó sus gafas Zeiss y su voz se apagó, despegando entonces en su último vuelo para encontrarse con el Rojo y hacer con él de punto en su formación de a dos. El sol entraba ya por el ventanal de la habitación, iluminando su figura desde atrás, que se mantenía erguida asiendo con firmeza su bastón con la mano derecha y la palanqueta de la silla con la izquierda. Como el buen piloto de caza que era, pensé, con la palanca de gases a tope y con el sol a su espalda.

Fin

*San Enrique de Guadiaro,
24 de abril de 2023*